Hasta que se apague

El cuenco era más pesado de lo que Vera había imaginado. Lo apoyó sobre un repasador y lo golpeó con la maza de madera. Mientras vibraba, se levantó a cerrar la ventana. Para cuando volvió, ya no sonaba.

Probó otra vez. Esta vez pensó en la llamada que tenía que hacer al día siguiente y ensayó mentalmente el saludo. Al cuarto golpe, dejó la maza sobre la mesa. La ventana seguía abierta y entraba el rumor del ascensor.

Lo último que oyó fue un sonido muy finito. Segundos antes le habría parecido que el cuenco se había apagado. Puso una mano cerca del borde, sin tocarlo.

A la mañana siguiente, marcó el número. Cuando atendieron, la persona del otro lado dijo «hola» y esperó. Vera apoyó los pies en el piso antes de responder.